

## Cuento para Olmo. Los dos amigos

Esta es la historia de dos amigos. No sé muy bien si sucedió exactamente de esta forma en que te la voy a contar. Probablemente alguien me la explicó a mi cuando era un niño o quizás, hace mucho tiempo, la encontré perdida entre las páginas de algún libro de aventuras. Yo, después de tantos años, te la voy a contar ahora a ti, tal y como la recuerdo.



Tampoco ahora consigo recordarme como se llamaban los dos amigos, pero pongamos, para contarte la historia que uno se llamaba Pedro y otro se llamaba Olmo. Los dos amigos se veían todos los días y solían ir juntos a la playa. A veces, Pedro y Olmo, tomaban por la tarde un batido de fresa en uno de los bares próximos a la playa.

Los dos amigos eran muy diferentes. Olmo era alegre, imaginativo, explosivo, inquieto y le gustaban las historias de fantasmas. Pedro, en cambio, era más bien tímido y poco hablador, cuando algún desconocido le hablaba, enrojecía con facilidad y siempre procuraba pasar desapercibido. Esto podía hacer creer en ocasiones que Pedro era un poco tonto. Algunos mayores aprovechaban esta debilidad de Pedro para burlarse de él y a Olmo aquello no le gustaba demasiado, hasta que un día...

¿Qué ocurrió un día? Pues un día ocurrió lo que ocurría casi todos los días. Cuando Olmo y su amigo Pedro estaban jugando por los alrededores de La Marina unos jóvenes que estaban arimados a la barra del bar lo llamaron para reírse de él como todos los días. Solían ponerle dos monedas encima de la barra; una de 50 céntimos y otra de un euro. Le pedían que escogiese una moneda: se la regalarían.



Pedro siempre escogía la moneda de 50 céntimos, lo cual era motivo de un gran alborozo y jolgorio pues venía a confirmar que era tan tonto como ellos pensaban y lo celebraban de voces y risotadas.

Un día, Olmo, que era un niño muy listo observó como el grupo se divertía con el inocente Pedro y, cuando salió del bar, Olmo, lo llamó, y le preguntó si no se había dado cuenta que la moneda de mayor tamaño; es decir, la de 50 céntimos, valía menos que la de 1 euro, y éste le respondió:

– No te preocupes Olmo. Eso ya lo sé. No soy tan tonto como parece. Ya sé que vale la mitad, pero el día que yo escoja la otra, el juego se acaba y nunca voy a ganar más esa moneda que estos me ponen para que escoja.

Este cuento podría concluir aquí, como una simple anécdota. Pero Olmo, se quedó pensativo y, como no entendió muy bien aquella forma de proceder se lo contó a su mamá. Ella, aquel día, le explicó varias cosas:

La primera: Ves Olmo. Las cosas no son siempre como aparentan. Quien parece un poco tonto, a menudo, no lo es.

La segunda: A tu parecer Olmo ¿Quiénes son los verdaderos tontos de la historia?

La tercera: Si tú tienes asegurados todos los días 50 céntimos y algún día te decides a escoger el euro, esa ambición desmedida acabará cortando tu fuente de ingresos.

Y la cuarta, le dijo su mamá, después de asegurarle que esa era la conclusión más interesante: Podemos estar bien, aun cuando los otros no tengan una buena opinión sobre nosotros. Por lo tanto, lo que importa no es lo que piensan los demás de nosotros, sino lo que uno piensa de sí mismo.

**MORALEJA:** *«La verdadera persona inteligente es la que aparenta ser tonta delante de un tonto que aparenta ser inteligente»*